

La piedra de toque.

Nadie encontraba á Teresa.

Sin embargo, ella no se ocultaba.

Al contrario, estaba siempre en sitio muy visible.

Su escritorio de palisandro esculpido, con un adorno muy moderno, de metal blanco, y pequeñas estatuas, se elevaba en el fondo del café Rousset.

Las mesas cercanas al escritorio eran muy apetecidas y no holgaban.

El dueño del café estaba muy reconocido al viajante de la casa Renaud Bresse y C.^{ia}

Su protegida no era de las que ahuyentan á los parroquianos.

Teresa los atraía como el imán atrae al acero.

Los amigos de Rousset, dándole cachetitos en el vientre, le decían:

—¡Vamos, que no nos aburrimos!... Se tienen proyectos ¿eh? ¡picarillo!

Rousset los tenía tal vez, pero lo disimulaba.

Alguna que otra vez iba á ponerse de codos en el mostrador, pero ¿qué cosa más natural que las estancias del patron cerca de su caja?

El se mostraba con Teresa perfectamente correcto, digno para con ella, con un punto de amistad protectora y paciente compasión para sus errores.

Porque Teresa los cometía.

En seis semanas ó dos meses, no puede uno familiarizarse con un oficio tan complicado y asientos tan rápidos y tan diversos.

Hay una variedad de nombres que registrar, que hay que perder la cabeza: cognac, chartreuses, jarabes, ajenjos, café, té, sifones, copas, etc., etc., etc.

Simplemente, para conocer los nombres de esos venenos variados, se necesita un estudio casi horrible.

Felizmente, el patrón velaba solícito, complaciente, deshaciendo los errores con tono paternal, sin incomodarse nunca y diciendo, inclinado al oído de su dependiente, muy cerca de ella:

—Veamos; no os embrolleis... Os molestais demasiado... La cosa es más sencilla que todo eso... Solo que teneis miedo y perdeis la cabeza...

Y añadía con tono afectuoso:

—No os desanimeis... ¡Todo irá bien!

Teresa le daba las gracias con una mirada en la que procuraba poner toda su gracia y su agradecimiento.

¡Sinceramente!

Porque ella sabía agradecerle los cuidados y atenciones que tenía con ella: en el almuerzo, por ejemplo, en el que se sentaba al lado de ella, en una mesa cerca de la caja, en un rincón, á la hora en que los parroquianos no son numerosos todavía.

La mesa era abundante y buena. El cafetero no se privaba de nada.

Teresa estaba contenta.

Se creía en vías de salvación.

Decididamente tenía un oficio entre las manos y cuando el grueso viajante se había puesto de nuevo en camino, ella le había dado las gracias calurosamente.

El se había contentado con estrecharla la mano cordialmente, diciéndola, no sin cierta compasión inquieta:

—Sí, está bien, está bien... Mejor es eso que nada, pobre niña; pero no olvidéis lo que os he dicho... vivid alerta.

La joven cajera había escuchado, retenido e consejo.

Ella lo tenía presente, según la recomendación de Próspero Gombault; pero en el fondo, en su inexperiencia estimaba que no la costaba trabajo defenderse.

No la atacaban.

Todos tenían con ella atenciones y buen comportamiento.

Algunos parroquianos iban á saludarla y la decían palabras amorosas, pero ella se sonreía vagamente y volvía á ocuparse de su trabajo.

Varias veces la había ocurrido sorprender, en la cara flacucha y descontenta de la cajera á quien ella había destronado y á quien no veía más que á las horas de las comidas, sonrisas irónicas, movimientos de labios burlones, ojeadas picarescas dirigidas al patrón; ¿pero eso qué importaba?

¡Rivalidad de influencia! ¡Celos del oficio! ¿Qué otra cosa se podía pensar?

El patrón se había portado con ella muy

bien, la daba más que lo que había prometido.

Le daba lecciones con una paciencia admirable; se tomaba el trabajo de enseñarla; la había vestido como convenía á su posición.

Teresa estaba muy bien con sus dos vestidos de seda el uno y el otro de lana, de formas distintas; el uno Enrique II, con una pequeña gola muy baja que la daba el aire de una dama de Monsereau muy apetitosa; el otro más moderno, escotado, dejando descubierto un poco de su cuello y de su garganta fresca y sólida y algo de su dorada nuca.

Más de un viejo verde había dicho á sus compañeros al oído, mostrando á Rousset:

—Siempre saldrá de aquí algo original... No se separa mucho de ahí, teme que se la lleven.

Aquel hombrecito vivaracho, de ojos de ave de rapiña, que inspeccionaba todo, veía todo y manejaba todo en su casa, era ciertamente el mejor guardián de su caja y de su cajera.

Pero no decía á Teresa palabra alguna inconveniente, ni gesto que pudiera revelar sus intenciones, si las tenía.

¿Por qué había de inquietarse la pobre joven?

Ella veía que el patrón se mostraba generoso y atento.

Había pagado los vestidos y los objetos de *toilette* que ella había necesitado, sin pestañear, más de trescientos francos de anticipo sobre su sueldo, que él se proponía ya aumentar.

—Dentro de un mes ó mes y medio os aumentaré el sueldo. Tendréis setenta ú ochenta

francos mensuales—la habíadicho.—Mas tarde, si estoy contento de vos, no miraré nada.

Así era que Teresa se había tranquilizado y estaba casi alegre.

A veces se entretenía en trazar con la pluma la silueta de los viejos que la hacían la rueda, y sus caricaturas, artísticamente hechas, hacían reír á carcajadas.

Una mañana escribió dos líneas al cazador de topos para decirle:

«Mi buen amigo:

»Espero poder daros pronto buenas noticias y no necesitar ya andar con misterios.

»He encontrado una colocación que creo que será buena.

»Por el momento no os digo más; pero os escribiré de nuevo pronto. Hoy estoy muy cansada.

»¡Cuánto desearía acertar!

»Os abraza cariñosamente,

»TERESA.»

Aquel día, en efecto, veía ella todo de color de rosa, y sin embargo la tormenta estaba próxima.

A eso de las seis de la tarde, el patrón se acercó á su cajera y la dijo:

—Hoy tenemos un convidado.

—¿Quién?

—Un caballero de vuestro país.

—¡Ah!—dijo Teresa poniéndose colorada.

—Sí, el juez de quien os he hablado.

—No me acuerdo.

—¡El señor Robinier!

Felizmente, al ruido de una pila de platos que se derrumbó en un rincón del salón, el patrón se volvió con viveza.

Teresa se había puesto verde.

Peró el estrago providencial hecho por un mozo imprudente atrajo al dueño hacia el lugar de la catástrofe.

Cuando volvió, la joven cajera se había re-
puesto de su angustia.

—¡Ah!—dijo al patrón—¿sois amigo del señor Robinier?

—Sí, somos del mismo pueblo, y cuando viene á París, no deja jamás de venir á verme.

Rousset añadió con vanidad:

—Me necesita... Yo le guío. Conozco hasta el último rincón de París, y cuando viene echamos una cana al aire.

Teresa apenas le escuchaba. Le oía, pero no se daba cuenta de lo que decía: estaba muy preocupada.

El señor Robinier diría todo al árbitro de sus destinos: su aventura de la Boca del Lobo, su pasado, el de sus hermanos, el proceso de Blois, la condena, el presidio.

¡Qué desastre!

El patrón se había marchado á sus negocios.

La desgraciada había quedado sola y veía pasar entre sus ojos y su registro millones de chispas.

Se sentía aturdida por el golpe imprevisto,

que la hería cuando se creía en plena seguridad.

A las siete y media entró el señor Robinier acompañado del patrón que le esperaba á la puerta.

Entonces Teresa se quedó positivamente sorprendida.

El señor Robinier parecía haber cambiado de corazón y de porte.

Parecía muy amable, muy deferente, muy atento.

Vestía una americana azul turquí, pantalón á cuadrillos grises y negros, chaleco blanco, corbata de última moda y un sombrero de copa, gris, con cinta negra.

Durante la comida estuvo tan amable y tan fino con Teresa, que la pobre joven se tranquilizó.

El patrón estuvo también muy atento con ella.

Al marcharse la dió las buenas noches con afabilidad.

Evidentemente no sabía todavía nada.

Y aun en el momento de salir en compañía del juez, se inclinó al oído de su empleada y la dijo con aire de aburrimiento:

— Preferiría quedarme á vuestro lado, pero esta tarea es obligatoria. Voy á pasear mi tipo. Desaparecieron.

En el café no hubo novedad.

A media noche, cuando los últimos parroquianos se retiraron, la cajera no había vuelto á ver aun al patrón ni al juez, causa para ella de secretos temores.

Hizo sus cuentas y subió á su cuarto.

Las habitaciones del cafetero estaban en el quinto piso. A pesar de que eran muchas, sólo tres estaban ocupadas. La del patrón estaba en uno de los extremos, las de las dos cajeras en el otro y casi se tocaban.

Una especie de guardamuebles las separaba.

La habitación de Teresa era muy coqueta. Rousset había hecho algunos gastos para su arreglo.

La cajera precedente, la que se había marchado, había sido evidentemente bondadosa para con el patrón, porque no se cuelgan las paredes con tela de Jouy y no se compra un mobiliario de palisandro y servicio de tocador de porcelana con filetes dorados por los hermosos ojos de una simple empleada.

Teresa se aprovechaba de aquellos esplendores, que no habían sido creados para ella, sin concederles ninguna atención.

Aquella noche estaba preocupada. Hubiera querido pasar en un sueño cuarenta y ocho horas, que se hubiera marchado ya el señor Robinier á Romorantin y oír al patrón hablarla como de ordinario.

Temía el efecto de las revelaciones del juez, y tenía miedo de que el severo Rousset se apresurase á echar de su casa á una joven cuya permanencia en ella podía temer fuera para él un compromiso.

Quedó pensativa algunos instantes, mientras que con negligencia iba desnudándose y dejando caer una á una las prendas que se quitaba, turbada por el contratiempo que sobre-

venía en el momento en que el horizonte se aclaraba para ella.

Su habitación tenía un balconcito en la esquina que enfilaba la calle de Rívoli. Salió á él un momento.

Después medio cerró las maderas del balcón, dió vuelta á la llave y se acostó. A los pocos momentos dormía profundamente.

Cuánto tiempo hacía que estaba sumergida en aquella especie de aniquilamiento, ella no hubiera podido decirlo.

El ruido de una llave que rechinó en la cerradura la despertó bruscamente.

Se incorporó sobresaltada y dirigió una mirada despavorida á su alrededor.

Se abrió la puerta, y un hombre, con la cabeza descubierta, entró en la habitación, sin cuidarse de cerrar.

Ella le distinguía muy claramente en la oscuridad atemperada por ese resplandor del gas que, en las noches de París, sube de las calles á los tejados de las casas.

Teresa lanzó un grito, al que contestó una carcajada.

Al mismo tiempo una voz seca, que ella reconoció en seguida, la dijo:

—¡Diablo, que susto os he dado! ¡Cualquiera diría que no habeis visto nunca las orejas al lobo! No temais nada. Soy yo.

La cama estaba en medio de la habitación, enfrente de la chimenea.

Teresa saltó del lado opuesto á aquel por donde se verificaba la invasión, cogió una falda y se la puso á toda prisa.

Rousset, porque era él, no se intimidó por aquellos preparativos de defensa.

El patrón sacó del bolsillo una caja de cerillas, encendió una y se orientó.

Viendo una bujía sobre la chimenea, la encendió con la mayor tranquilidad.

Teresa había aprovechado aquellos momentos para echar sobre sus hombros una esclavina que tenía á mano.

—¡Oh!—dijo el patrón cuando hubo encendido—hacéis vuestra toilette para recibirme. No vale la pena.

Cogió una butaca, se sentó, y haciendo una seña á su cajera.

—Vamos—dijo—venid aquí y no seáis chiquilla... ¿De qué os servirá hacer aspavientos?

—Caballero, os lo ruego,—balbució Teresa—esta no es hora...

—Por qué, no es lo mismo que otra? Estamos en nuestra casa, libres, tranquilos... No hay nadie en casa más que vos y yo. La señora Laurent no está. No vendrá hasta dentro de dos días... La he dado permiso con pretexto de que Robinier, mi amigo Robinier, debe ocupar su habitación. Estamos solos, perfectamente solos... Esto es adorable... Os doy un miedo atroz, ¿eh?

Teresa estaba pálida, en pié al lado de la cama, temblando como una azogada.

El patrón se la aparecía bajo un nuevo aspecto.

Hasta entonces le había juzgado voluntarioso, activo, imperioso, duro para sus subalternos, únicamente ocupado en los negocios de su

fortuna, pero sin malicia, correcto y más bien reservado en sus propósitos.

Ahora le parecía cruel; desearado, despechado y sus ojos la miraban con una desfachatez asombrosa.

El repuso:

—¡Vamos! ya ha pasado el susto; ¿no es verdad? Comprenderéis que yo no os he recibido en mi casa por el solo gusto de hacer vuestra educación... Me gustáis y os lo digo. Además, habéis debido comprenderlo ó seríais demasiado torpe... Supongo que esta pequeña comedia no durará más que horas...

—¡Caballero!

—¡Comprendería la emoción si fuerais novicia en esto... pero conozco vuestra historia!... Ese pícaro Robinier me la ha contado mientras cenabamos. Yo no creía tener á mi servicio una persona tan distinguida. ¡No, mil truenos! no es brillante la familia, no á fé mía.

A Teresa la hicieron aquellas palabras y el tono con que se las decía Rousset, el mismo efecto que si hubiera recibido en pleno pecho una descarga eléctrica.

No encontró palabras para contestar.

Rousset continuó:

—Después de todo, yo hago tanto caso de eso como del año cuarenta, y esto es bueno, para vos. Yo comprendo que no vá á ser una princesa de sangre quien me lleve los libros... No impide que no falten gentes que os diran que vayais á buscar fortuna á otra parte... A mí, eso me es igual... ¡Me convenis tal como sois! ¡Una joven que ha tenido unorro! ¿Está bien

el Bebé? ¿Le tenemos en nodriza, he?... ¿Y el hermano Juan, se tienen noticias de él?

Trató de sonreír, pero su risa no era más que una mueca, como la de la fiera que vá á morder.

Se levantó y dió un paso hacia adelante.

Entonces Teresa murmuró:

—¡No os acerquéis!

Rousset lanzó un juramento y siguió avanzando.

—¡Bah! ¡Grita, si quieres— dijo,— nadie te oirá!

Pero Teresa, ligera como un pájaro, se dirigió al balcón, abrió las puertas y entró en él.

La calle de Rivoli se extendía bajo sus pies con sus faroles, que alumbraban de trecho en trecho.

Rousset, sorprendido por la brusca partida de Teresa, se acercó al balcón y cogió por los brazos á su empleada.

Pero ella parecía tan valiente ahora como abatida estaba momentos antes.

—¡Si me tocáis, llamo!—dijo rechazándole.

Al mismo tiempo se agarraba á los hierros del balcón.

Rousset, temblando de cólera, se colocó al lado de ella, se inclinó hacia la calle y vió dos guardias de la paz que se paseaban melancólicamente por la acera.

—¡No te atreverás!...—dijo.

—¿Por qué?

—Porque te plantaría en la calle.

—No me importa.

—¡Está bien!... Pero piénsalo... Será preciso

que mañana mismo, á primera hora, dejes el campo libre.

Y enfureciéndose, lanzó un diluvio de groserías y de obscenidades á la pobre joven.

Después empezaron las promesas.

Y como tanto por los insultos como por las promesas, Teresa seguía desdenosa, se arrojó sobre ella y trató de arrancarla del balcón.

Pero ella siguió agarrada y lanzó un grito estridente, involuntario tal vez.

En la casa de enfrente se abrieron dos ventanas.

La escena tenía ya testigos, y Rousset se retiró del balcón.

—¿Vais á quedaros ahí?—dijo.

—Sí.

—¿Toda la noche?

—Mientras no hayáis salido de la habitación.

—¿No cederéis?

—¡Jamás!

—Está bien.

Entonces, furioso, presa de un verdadero acceso de locura, abrió los cajones de la cómoda, echó al suelo los vestidos que en ellos había, los pisoteó, los hizo pedazos y salió por fin diciendo en lenguaje digno del célebre padre Duchesne:

—¡Mañana temprano te marcharás! Te pongo en la calle... ¿Lo entiendes?... Y no te daré un cuarto... Tengo que cobrar lo que te he anticipado, y aun me deberás; pero te lo perdono, aunque sé que no te aprovechará mucho.

La lanzó otra andanada de indecencias y salió, cerrando la puerta con furia.

Teresa continuó en el balcón hasta que no oyó ruido alguno, y entonces se decidió á entrar en la habitación.

Todos sus miembros temblaban y, temiendo que el patrón volviera á entrar en ademán agresivo, no se atrevía á acostarse.

Al resplandor de la bujía contemplaba con mirada triste el desastre de sus ropas hechas girones y pensaba en su posición perdida.

El señor Quillet tenía razón cuando la decía: «¿Yo ú otro?»

Próspero Gombault había previsto también el peligro.

¿Luego, una joven pobre no podía vivir honradamente en aquel París, ganar su pan, sin estar expuesta á vergüenzas y ultrajes inevitables?

Se decía esto con desesperación.

Había tenido algunas semanas de ilusión y de confianza.

Estas habían pasado; la luz se hacía para ella.

¿Qué iba á ser de ella?

¡Estaba despedida!

Además, aunque no la hubiera despedido el patrón, ella no podía permanecer un minuto más en semejante casa.

Pasó el resto de la noche en arreglar sus ropas.

Hizo de ella dos líos.

Uno se componía de los vestidos que debía á los anticipos del patrón: el otro de lo poco que tenía cuando había entrado tan contenta en el café Rousset.

El patrón ébrio de lujuria y de vanidad, no había dejado ninguno en buen estado.

Sin embargo, Teresa, en algunas horas de trabajo, consiguió reparar los desperfectos hechos en el traje bien sencillo que había comprado en el Louvre la mañana del único día de dicha que había tenido después de largo tiempo.

A las siete, vestida como lo estaba el día de su ida á Fontaine, bajó, y, sin pasar por el café, se dispuso á salir.

Rousset, que estaba á la puerta á pesar de ser tan temprano, la salió al encuentro.

—¿De modo que es en serio?—la preguntó.

—¿Qué queréis decir?

—¿Partís?

—¿No estoy despedida?

—De vos depende quedar.

—¿Después de lo que ha pasado?...

—Ya sabéis mis condiciones.

Teresa no contestó más que con un pliegue desdeñoso de labios.

—¡Si preferís morir de hambre!...

Hizo como que no lo oía.

—No llevo más que lo que tenía cuando entré aquí—dijo.

—Ya lo veo.

Se inclinó y continuó su camino.

—Adiós, pues—dijo Rousset muy vejado.

Y se entró en el café.

Al ver el escritorio de palisandro, suspiró y dijo:

—¡Qué bien hacía ella ahí!

Su cólera se aplacó.

Tuvo un sentimiento tardío y murmuró involuntariamente.

—¡Pobre desgraciada!

Salió de nuevo á la acera y la vió alejarse con su saquito en la mano.

Teresa marchaba lentamente, con paso incierto, hacia el Louvre.

—¡Ese bribón de Robinier ha sido la culpa de todo, me hizo creer que sería tan fácil! ¡Con un poco más de paciencia, tal vez lo hubiera conseguido!... El golpe fué en vago... ¡A otra!